

chos su único alimento. Hagamos de la escuela una madre. Hé ahí el pensamiento de Pestalozzi. Un hombre así no podía nacer, no podía educarse; no podía vivir sino en el seno de una República. Las ciudades republicanas son las ciudades que han contribuido en mayor grado á la educación del género humano. Volveos con los ojos del espíritu á todos los tiempos de la Historia, y encontraréis que el género humano ha sido formado por esas ciudades. Cada una de ellas trae su tesoro á las riquezas comunes de la humanidad: Atenas; sus estatuas; Roma, sus leyes; Florencia, las artes del Renacimiento; Génova, la letra de cambio para el comercio; Venecia; la brújula; Pisa, la ley del péndulo; Estrasburgo, la imprenta; todas ellas la idea. Y, así los pueblos modernos jamás llegarán á su perfecto desarrollo, si no hubieran, como granos de sal, derramado la Providencia esas pequeñas Repúblicas en su seno. Todo el movimiento intelectual de Francia en el siglo décimo-sexto se pierde si no hubiera cerca una Ginebra capaz de acoger á Calvino, Quizá la Inglaterra vuelve á ser presa de la reacción católica, feudo de los empedernidos Estuardos, si no está cerca Holanda para crear y educar á los Oranges. Y en la vida intelectual de Alemania han ejercido poderoso influjo las republicanas ciudades de Suiza, y entre todas Zurich. Allí habitaron Schelling y Fichte; allí escribieron Klopstok y Gessner; allí formó una especie de centro intelectual, de foco, donde convergían muchos rayos de luz, el teólogo, el físico, el republicano Lavater; allí se crió Pestalozzi.

Mas su primera escuela fué fundada en las riberas del lago de los Cuatro Cantones. Aquella hermosa maravilla tiene á nuestros ojos ese esplendor más en sus horizontes y esa santidad más en sus recuerdos. Una vez visto no se le olvida jamás. Al extremo Norte Lucerna con sus torres góticas, con sus pintados puentes, entre los cuales precipita el Saar sus verdes y espumosas aguas; á un lado el Pilatos, agrio, abrupto, lleno de abismos como si en su aridez sólo engendrara tempestades; enfrente del Pilatos el Righi, apacible, tranquilo, sembrado de florestas, de quintas, como una montaña itálica celebrada por Horacio ó por Virgilio; entre ambos picachos y laderas, como un anfiteatro de diamantes gigantes, la cordillera del Oberland que refleja y repite en los cristales de sus nieves eternas la luz del día; y en todo el fondo, el lago, vario, lleno de ensenadas, de puertos, de aldeas, que se tienden entre las verdes praderas y los bosques de alpestres pinos: espectáculo maravilloso, indescriptible, como acaso no hay otro en el planeta, pues con dificultad se hallan en tan corta distancia contrastes tan grandes, ni en tan breve espacio se reúnen y se conciertan de manera tan plástica lo hermoso y lo sublime. Y cuando impelido por sus vientos, surcando perezosamente la celeste superficie de sus aguas, oís la esquila del ganado confundida con el cántico del pastor y el grito del navegante con el eco de la campana, la imaginación os trasporta á los tiempos en que aquellos campesinos y aquellos barqueros juraron, como inspirados por tanta grandeza, fundar la independencia, la democracia, la República, y la fundaron dirigidos por Guillermo Tell, más vivo aún que todos aquellos

seres, más grande aún que todos aquellos Alpes; más poético aún que todo aquel incomparable lago, porque su mano ha puesto allí sobre los milagros de la naturaleza los milagros mayores de la libertad. Por aquellos sitios tan hermosos pasó la guerra en fines del siglo pasado y dejó la desolación y todos sus horrores. Era el mes de Septiembre, y los franceses querían imponer una Constitución unitaria, que aquellas federales regiones rechazaban completamente. Resistencia incontrastable se organizó. Los campesinos salieron á defender sus libertades y sus hogares como defienden las águilas alpestres sus nidos y sus polluelos; pero los franceses fueron implacables. Una cuarta parte de los salidos á cerrarles el paso quedó muerta en los campos. Los otros huyeron y se dispersaron por las selvas. Entre los cadáveres se encontraron doscientas mujeres y venticinco niños. La Iglesia fué violada y sus altares ensangrentados y su bóveda henchida por disparos de fusilería; sesenta y cinco fieles, que se habían refugiado allí, ó por no poder llevar las armas, ó por pedir á Dios la salvación de su patria, fueron bárbaramente inmolados sin exceptuar ninguno. El sacerdote que decía misa cayó de un tiro al pie de su ara y de su cáliz. Toda la ciudad fué saqueada, y quinientas ochenta casas de sus alrededores reducidas á cenizas. En medio de esta desolación, por el mes de Octubre, quince días después de la catástrofe, apareció Pestalozzi entre aquellas humeantes ruínas. Su corazón llevaba aún mayores tristezas que el suelo hollado por sus plantas. Y en verdad, el estado de aquellas regiones no podía ser más triste: aldeas arrancadas de cuajo como si por ellas hubiera pasado Atila; bosques de vívidos árboles transformados en bosques de calcinados palos; las granjas, las casas de labor completamente destrozadas; los gaeados, los animales consumidos ó dispersos, la soledad por todas partes, pues los habitantes habían huído de aquel suelo de maldiciones, las iglesias violadas; los cadáveres, todavía en el campo, insepultos y podridos, llamando sobre sus restos las aves de rapiña. Allí, en uno de aquellos edificios, medio destruidos, ahumados, sin puertas, sin cristales, con manchas todavía de sangre, reunió Pestalozzi los niños hambrientos, pálidos, enfermos, llenos de llagas, tiritando, en su desnudez, de frío, y en su desgracia, de miedo. Pero aquel santo era como Jesús: se gozaba en rodearse de los niños, en contemplar sus ojos serenos, en beber su inocente sonrisa, en adivinar el hombre futuro que se encierra tras de aquel cuerpecito y el futuro mundo que ha de crear este hombre, como una madre, con sus ternezas, con sus inquietudes, con sus adivinaciones, todo para la infancia y todo para la ignorancia.

Italiano de raza, tenía su alma los contrastes del suelo italiano en los Alpes, donde el Norte, con sus helechos, se mezcla al azahar del Mediodía; donde florece el almendro á vista de la nieve; alemán por su lengua, por su cultura intelectual, por la ciudad donde se habría criado, Zurich, esencialmente alemana; republicano por su nacimiento y por sus convicciones; revolucionario ó reformador, siempre en guerra con los privilegios de las aristocracias y en adoración siempre ante el humano principio de igualdad; criado por

una madre amorosísima que le guardaba durante toda la infancia á su lado, y que le infundía parte de su alma de mujer con todas sus delicadezas; casado en edad temprana con una heredera á quien arruinó en obras de caridad y beneficencia; sostenido algún tiempo en sus apuros por dos viejas criadas de la casa paterna que le profesaban afecto maternal, ibase aquel redentor de pueblo en pueblo, buscando á los ignorantes y á los pobres para ilustrarlos y para mantenerlos; adoptando á los huérfanos; tendiendo la mano, si era necesario, para pedir limosna con que satisfacer á los hambrientos; filósofo de acción, poeta de la vida, tribuno de la infancia, hijo divino é inmortal de la naturaleza. Su libro estaba en el Universo: ninguna letra de imprenta se puede comparar con una estrella de oro; ningún poema, muerto en el sudario de sus hojas de papel, puede compararse con el poema de los Alpes, cuando los dora en sus plateadas cumbres la luz del alba y el rosáceo reflejo del vespertino crepúsculo: ningún libro, ninguno hay tan grande ni tan profundo como la conciencia humana; ninguna poesía es tan bella y tan tierna como la poesía del corazón en sus efusiones por los desgraciados, por los doloridos, por los que padecen, por los que lloran. Reunirlos en una escuela que sea amorosa como la madre, previsora como la Providencia, santa como la Iglesia; separarlos de toda artificiosa revelación que no provenga, primero de la conciencia, después del Universo; matar en ellos los sentimientos del privilegio, las ideas de desigualdad, las tradiciones de casta; abrir ancho espacio á cada vocación individual, para que realice libremente su destino; obligar á unos á que sean maestros de otros, y á todos á que mutuamente se envíen sus ideas, como los astros se envían mutuamente á través de la inmensidad sus rayos de luz; constreñirlos en la primavera y en el estío á que trabajen los campos, á que cultiven las plantas, á que siembren las flores, á que cosechen los frutos, y en el invierno á que entren dentro del taller, y abracen y practiquen el trabajo manual, para que de esta suerte sean artesanos y labradores, y comprendan todas las asperezas y todas las satisfacciones del trabajo; formarlos en coro, para que canten juntos en himnos poéticos su agradecimiento al Creador, su culto á la libertad y á la patria; convocarlos, para que con el barro del jardín ó con las tablitas recortadas en sus juegos, formen de relieves, primero la escuela, después la aldea, después el cantón y luego la patria, la Europa, el Mundo; darles noción del número, de las denominaciones, todo por símbolos, todo por apólogos, hasta que las almas en su madurez puedan definir y clasificar las ideas; recordarles que viven dentro de la naturaleza para hermosearla, dentro de la sociedad para servirla, y bajo la mano de Dios para imitarlo y repetirlo en sus obras; intentar todo esto, hacer todo esto, cumplir todo esto, sin más móvil que el bien, ni más fin que la justicia, ni más esperanza que la satisfacción de la conciencia, y acaso una palabra en la Historia; trasfigurarse de esta suerte, y trasfigurarse á cuantos le rodeaban, era crear con la palabra el germen de un Nuevo Mundo social, que bien merece un recuerdo eterno y un eterno aplauso de la humanidad agrade-

da. Como todos los hombres extraordinarios, fué víctima también de extraordinarias desgracias. Los católicos le perseguían en sus cantones por su origen protestante; los protestantes le achacaban olvido de todo culto; los hombres ilustres desconocían toda la verdad de aquella ciencia sencilla; sus mismos discípulos como á Jesús le fueron ingratos; la reacción piadosa que bajo el imperio y en los comienzos de este extraño siglo decimonono se inaugura, le cerca, le asedia, le asfixia. El gran Michelet ha contado en su estilo inimitable los últimos días de este genio. No pudiendo ya soportar las tiranías de lo artificioso, las combinaciones de la reacción teocrática, la enemiga de la infame hipocresía, se fué de su último establecimiento de Iverdun á las montañas del Jura, á vivir en la inmensidad, sólo con su conciencia, con Dios y con la naturaleza, con esta trinidad misteriosa, á la cual había ofrecido el holocausto de toda su existencia. Un día, teniendo más de ochenta años, bajó á una escuela, fundada según su ideal y su método; los niños de ambos sexos que debían un alma nueva á la idea de este varón justo, salieron á recibirle entonando melodiosos coros y pidiéndole su santa bendición. Uno de ellos se adelantó á ofrecerle sencillísima corona de encina: «Para mí no, dijo; coronad con ella la inocencia, lo único que hay santo sobre la tierra». No, no es verdad. Hay algo más santo que la inocencia; como hay algo más santo y más grande que el Paraíso aquí en la tierra. Es más santo el varón que ha conocido todas las seducciones de la vida y las ha despreciado para consagrarse al cultivo de la humanidad; que ha hecho de la verdad su religión, de la caridad su amor, de la justicia su esposa inseparable; de los desvalidos, de los desgraciados, de los opresos el objeto único de sus pensamientos y de sus afanes. Eso es lo santo, eso es lo eterno, eso es lo divino en la Historia. Los hombres que proceden así sufrirán en la vida, sufrirán en la muerte; pero sufrirán porque la Providencia quiere que se parezcan á sus genios hermanos en la sucesión de los siglos, que se parezcan á los mártires y á los redentores.

El siglo décimo-octavo había completado su obra fundando la educación democrática, que debía en tiempos muy posteriores dar todas sus consecuencias necesarias. Al comenzar el siglo décimo-nono, comenzaba con él también una reacción vergonzosa. No está en nuestras manos cambiar ciertas leyes sociales, cuya razón no comprendemos con la inteligencia, pero cuya fuerza, cuya fatalidad sentimos sobre las espaldas. La revolución francesa había tenido, como la humanidad, su paraíso. Mil setecientos ochenta y nueve será siempre la fecha de esta edad venturosa. Todas las esperanzas la sonreían; todos los corazones la saludaban, todos los pensadores vislumbraban horizontes infinitos llenos de luz. Pero el progreso no sigue una línea recta. La humanidad no tiene un crecimiento continuo. A las revoluciones suceden las reacciones; al impulso el retroceso, como si el mundo fuera un péndulo. Hay indudablemente dentro de la sociedad fuerzas que empujan hacia adelante, y fuerzas que detienen y á veces empujan hacia atrás. Hay vapor y freno como

en nuestras locomotoras. Por regla general, los filósofos son los que impulsan, sin mirar los obstáculos, como que trazan un plano ideal. Y los hombres de Estado, son lo que contienen, como que han de realizarse ese plano, y para ello necesitan tiempo, mucho tiempo, y espacio, mucho espacio, porque la tierra, de que podemos disponer, se halla ocupada por las instituciones antiguas, muchas veces fuertes y arraigadísimas. Luego, las nuevas ideas tienen sus inconvenientes; la nueva vida sus enfermedades. Y sucede en la sociedad con las instituciones recién nacidas lo mismo que con los seres recién nacidos en la naturaleza. La muerte es en ellos más frecuente y más fácil. Así la revolución francesa trajo el mal de la demagogia, es decir, el exceso de la democracia. Los reyes que odiaban democracia y demagogia, buscaron en los errores de ésta pretexto para acabar con los derechos de aquella. Provocada la guerra, tuvo la democracia que ser guerrera; siendo guerrera tuvo que ser militar, y siendo militar tuvo que erigir un jefe, y este jefe restauró la monarquía en castigo de las culpas demagógicas, y destronó á los reyes en castigo de las culpas monárquicas. Entonces Alemania fué conquistada. Los reyes habían querido tener pueblos de siervos, y los siervos carecían hasta del sentimiento de patria. La gran revolución no había dorado con sus rayos más que las cimas del entendimiento colectivo. Entonces comprendieron los filósofos, los reyes del entendimiento, que era necesario convertir las abstracciones en realidades sociales, amasar con la levadura de la idea el pan necesario para el alma del pueblo. Y los reyes hereditarios comprendieron también que se necesitaba para crear soldados, crear antes ciudadanos, y que sólo crea, sólo tiene fuerza creadora el principio divino de la libertad. Promesas de reformas cayeron desde las cimas de los tronos durante la guerra de la Independencia, promesas recogidas y olvidadas después de la victoria. Faltaron los tiranos á la fe que tenían prometida y jurada á los muertos; á los que se sacrificaron en cien batallas y cayeron contentos, no sólo por la material patria de la tierra, sino también por la ideal patria del derecho. Todo el resultado que vino á dar la guerra de la Independencia se resumió en el reinado de la Santa Alianza, una ignominia tan grande como la conquista. Entonces sobrevino una reacción religiosa. Muchos creyeron que tantas desgracias se debieron al triste olvido de la religión protestante. De aquí el misticismo que se apoderó de tantas inteligencias, de aquí éxitos fabulosos incomprensibles como el éxito del *Genio del Cristianismo*; libro de bello estilo literario y de ningún valor científico. Pero las manos se alzaron al cielo en demanda de paz, de misericordia para la tierra, y una muchedumbre de sofismas secundaba la gran reacción política. Estados iguales presenta la Historia. Cuando se caía la civilización antigua, más por fuerzas interiores descomponentes que por el asalto de los bárbaros, volvíanse á una todos los sacerdotes hacia los templos de los dioses, y los abrían de par en par, y enseñaban los pórticos sin ofrendas, las aras sin víctimas, el altar sin fuego, atribuyendo á la ausencia de la fe, la ausencia del poder y de la victoria. Así en el mundo moderno, en

nuestros mismos días, se resucitaba todo lo antiguo. Unos ponían ante los ojos de su siglo el poder y la fuerza social de las antiguas religiones con todo su simbolismo. Pero otros no se contentaban con estas reacciones arqueológicas de la pura esfera científica. Querían llevar la reacción de la ciencia á la vida, y había quien demostraba que los espíritus se desligaban de sus cuerpos, y vivían por sí en sí, pudiendo volver si quisieran á la tierra, con lo cual era muy legítima la creencia en los aparecidos; y otros, más dementes aun, trataban de probar que los fantasmas eran tan numerosos y tan ciertos como los seres vivientes, y que se podía llegar á ver las almas condenadas y las almas beatíficas, porque las primeras eran verdes y amarillas las segundas: Tristemente se inauguraba el siglo décimo-nono. De aquellas alturas donde brillaba la idea del derecho y de las justicias, donde nacía la idea de la humanidad, y de su universal espíritu había caído rodando en los abismos donde yacían los leprosos de la Edad Media con sus enfermedades nerviosas de terrores sin motivo, de apariciones sin sentido, de fantasmas sin realidad: sueños de la demencia, contradicciones con la naturaleza, conjuros lanzados al progreso, ofensas hechas á Dios.

No resulta el progreso de ninguna suerte omnimodo y omni-lateral, como han creído en su candor algunas escuelas optimistas. Ciertas potencias del ánimo desfallecen; álzanse otras á extraordinaria intensidad; unos objetos del pensamiento humano brillan más en el tiempo y en el espacio; estas edades resultan más artísticas; aquellas más religiosas; estas más científicas ó políticas; pero las grandes cristalizaciones del humano espíritu subsisten siempre, la familia, el Estado, el derecho, la ciencia, la religión, siquiera sea rudimentariamente, do quier se forma una verdadera sociedad. Y la religión todavía predomina sobre los demás grandes objetos de nuestra inacabable actividad, y todavía resulta la más primitiva y la más antigua sobre todas las instituciones humanas. En el fondo triste y oscuro de la madriguera prehistórica denominada gruta lacustre se ha encontrado el amuleto y el relicario para testificar cómo el hombre primitivo, especie de feto encerrado en las entrañas de la Naturaleza, con sólo despertarse á una vida embrionaria, siente ya la necesidad confusa de algo sobrenatural y milagroso que le oriente por los caminos de la tierra y le perpetúe más allá de la tumba. No se somete á ningún Estado, á ninguna legislación el indio aborigene allá por las selvas inexploradas de América: las palmas de los desiertos y los plumajes de las aves lo visten; el tronco de los árboles, verdaderas cabañas, lo abrigan, la vida nómada y errante lo airae; la flecha le sirve para pasar entre las bestias que le mueven guerra; y en estado tan sencillo, cuando no concibe ninguna de las nociones fundamentales sobre que descansa la sociedad, un superior instinto le conduce á idolatrar su fetiche, verdadero esbozo de la divinidad, y á oír en los bramidos del viento y en los susurros del follaje los gemidos del alma de sus padres, verdadero anuncio de la inmortalidad. Para quitar la religión de las sociedades humanas, precisaría quitar el sentimiento con todos sus afectos, la intuición con todas sus adivinaciones, el arte con